

Los dermatólogos judíos bajo el III Reich

Xavier Sierra

Centre dermatològic Skin. Terrassa. Barcelona.

La historia de la ciencia, y la historia general, siempre se interrelacionan. No es posible comprender los acontecimientos científicos independientemente de sus coetáneos políticos, económicos o bélicos, o viceversa. ¿Se pueden comprender los cambios demográficos, políticos y económicos de Europa a finales del siglo XIV sin considerar en profundidad los efectos de una enfermedad como la peste negra? ¿Es posible comprender la facilidad de la conquista española de México sin considerar que el pueblo azteca quedó literalmente diezmado por varias enfermedades que no conocían, como el sarampión?¹. En cuanto a la influencia de la historia de la ciencia en el devenir histórico general baste con citar la influencia que el descubrimiento de las vacunas y de los antibióticos ha tenido sobre la esperanza de vida en los países desarrollados en la segunda mitad del siglo XX.

Uno de los fenómenos políticos que más han influido en el posterior desarrollo de la historia de la dermatología en el siglo XX fue la persecución antisemítica llevada a cabo por el régimen nacionalsocialista, en Alemania primero, y posteriormente en otros países de Europa central anexionados o invadidos por los nazis.

DERMATOLOGÍA Y JUDAÍSMO

Al principio del siglo XX la escuela germánica de dermatología era uno de los más sólidos pilares de la dermatología europea. Recordemos la influencia decisiva de figuras como Ferdinand von Hebra, fundador de la escuela de Viena. La mayoría de los discípulos de Hebra fueron judíos: Moritz Kaposi (que describió el sarcoma que lleva su nombre), Heinrich Auspitz (que describió la acantosis y el fenómeno de Auspitz en la psoriasis), Isidor Neumann (a quien se debe la primera descripción de pénfigo vegetante) o Phillip Josef Pick, en Austria. También en Alemania una buena parte de las figuras dermatológicas eran judías: Heinrich Köbner (a quien recordamos por la descripción del fenómeno de Köbner y por la epidermólisis ampollar); Albert Neisser, su sucesor en Breslau, que descubrió el gonococo y consiguió teñir el bacilo de la lepra; Edmund Lesser, fundador de la escuela

la berlinese de dermatología, y Paul G. Unna, gran impulsor de la histopatología y de diversos tratamientos dermatológicos².

El predominio de los dermatólogos judíos no se limitaba sólo a las grandes personalidades. En 1933, los judíos representaban un 3,8% de la población de Berlín, mientras que suponían un 52% del total de los médicos de la ciudad. Un 20% de los médicos judíos alemanes eran dermatólogos. Lo mismo podía decirse en Viena, donde en 1938 un 68% de los dermatólogos eran judíos³. Popularmente, se identificaba de tal manera a los judíos con la dermatología, que todos los dermatólogos eran considerados como judíos, e incluso se referían a ellos con el despectivo término de *Felljuden* (algo así como «peleteros judíos»)⁴. Por esa razón, muchos médicos no judíos no mostraban inclinación por especializarse en dermatología.

La presencia de dermatólogos judíos era bastante habitual en toda Europa, incluso en los países no germánicos. En los años treinta, también el 13,3% de los dermatólogos de la región de París eran judíos. Y también, como veremos, el antisemitismo estaba presente en Francia y en otros países europeos.

LA MARGINACIÓN DE LOS JUDÍOS

El antisemitismo es un fenómeno antiguo en Europa y no es exclusivo de Alemania. El resentimiento hacia las minorías es universal y está presente en todas las sociedades y culturas. La marginación y persecución de los judíos se remontan a la Edad Media. La iglesia católica romana promulgó diversas disposiciones legales discriminatorias presentes en el derecho canónico y en varios sínodos locales desde el siglo IV. Pero la prevención antisemítica no fue exclusiva de los católicos. También Martín Lutero escribió contra los judíos⁵. Desde la Edad Media tuvieron lugar múltiples episodios de violencia antisemítica en diversos lugares de Europa. Así, en 1096, tras la primera Cruzada, se produjeron masacres; en 1120, los judíos fueron expulsados de Inglaterra; en el siglo XIV se produjeron asaltos a barrios judíos, creyéndolos responsables de la peste negra; en 1481 fueron perseguidos por la inquisición en España, de donde finalmente fueron expulsados en 1492; en 1515 se creó el primer gueto en Venecia; en 1648 tuvieron lugar masacres en Polonia; en 1881, pogromos en Rusia.

Durante el siglo XIX los judíos de Europa central eran frecuentemente presionados a convertirse al cristianis-

mo como condición indispensable para ocupar cargos de relevancia social. El poeta Heinrich Heine decía que el bautismo era «el billete de entrada en la cultura europea»⁶. Tenemos muchos ejemplos de estas conversiones de conveniencia en médicos ilustres, como el anatomista Jakob Henle o el propio Moritz Kaposi. En cambio, el micólogo David Gruby se resistió al bautismo e incluso renunció por este motivo a la cátedra que se le ofrecía en la facultad de medicina de Viena. Gruby prefirió seguir siendo fiel al judaísmo y se trasladó a París donde ejerció su profesión⁷. Otros médicos judíos prefirieron permanecer en su país sin convertirse. Éste fue el caso de Robert Remak, descubridor de *Trychophyton schoenleinii*, quien a pesar de tener que permanecer en la sombra durante muchos años, logró finalmente ser profesor universitario sin renunciar a su religión⁸. Éste fue también el caso de personalidades como Carl Weigert o Paul Ehrlich.

EL ADVENIMIENTO DEL NAZISMO

Tras la derrota de Alemania en la primera Guerra Mundial se inició una época muy difícil para este país. La situación económica era lastimosa, y todavía más en determinadas capas sociales. En 1926, el salario medio de un médico era menor que el de cualquier obrero industrial. El 52% de los médicos ganaba, en 1929, menos de lo que se consideraba el mínimo necesario para sobrevivir. En 1932 este porcentaje de «miseria médica» ascendió al 72%. Esta situación era un excelente caldo de cultivo para tensiones sociales, odios y resentimientos de todo tipo. Los panfletos y pasquines reclamando trabajo para los médicos «alemanes» proliferaban. Según esta propaganda, los médicos judíos no podían considerarse propiamente alemanes. No eran más que unos extranjeros camuflados que competían con los médicos del país para arrebatarles sus cargos y posiciones.

Un pequeño grupo político abanderaba estas ideas: el NSDAP (*Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*). En los primeros años de la república de Weimar era un grupo minoritario, sin excesiva importancia, encabezado por un pintor austriaco, Adolf Hitler, que reivindicaba una Alemania fuerte, y grande, llamada a ser la hegemónica en Europa, basada en valores tradicionales y una férrea disciplina, en la que el papel predominante lo debía desempeñar la raza aria. En general, sus declaraciones y discursos se tomaban en broma, como payasadas ridículas e inofensivas, y así se reflejaba en diversas caricaturas políticas.

Sin embargo, el NSDAP fue adquiriendo importancia. Eran muchos los descontentos con su situación económica, y con la vejatoria derrota de Alemania en 1918. Tras la crisis bursátil de 1929, la situación empeoró todavía más. La acuciante miseria, la desesperación de muchos, azuzada por la hábil propaganda nazi, consiguió que el mito del «eterno judío» reviviera. Los judíos eran los causantes de todos los males: tanto del capitalismo explotador, como del comunismo amenazante. El importante porcentaje de judíos entre los industriales alemanes y su presencia entre los pensadores marxistas

daban ciertos visos de credibilidad a tan contradictorias acusaciones.

En lo que se refiere al paro médico, los nazis prometieron resolverlo en cuanto alcanzaran el poder: «La situación de miseria de los médicos alemanes... será resuelta inmediatamente cuando, en el futuro III Reich, los alemanes serán tratados solamente por médicos de ascendencia aria.»⁹

El clima general estaba muy enrarecido. En la Universidad de Giessen, por ejemplo, el profesor de dermatología, Albert Jesionek, que no era judío, fue muy criticado por acoger en su cátedra al judío húngaro Stephan Rothman, y las presiones se sucedieron hasta que este último abandonó su puesto en 1926, continuando como asistente no remunerado, hasta 1928, año en el que regresó a Hungría. Rothman fue el secretario general del Congreso Internacional de Dermatología celebrado en 1935 en Budapest y, posteriormente, en 1938, emigró a los Estados Unidos. Rothman, como veremos más tarde, ayudó a muchos dermatólogos judíos a huir del III Reich e instalarse en América, y contribuyó notablemente al desarrollo de la dermatología investigadora norteamericana.

PRIMERAS MEDIDAS ANTISEMÍTICAS

El partido nacionalsocialista alcanzó el poder en Alemania en 1933, estableciendo rápidamente un Estado totalitario, que afectó a instituciones gubernamentales, políticas, sindicales y también profesionales. El objetivo era establecer una dictadura racista, basada en la supremacía de la raza aria. En este contexto, el papel que debían desempeñar los médicos nazis era importante: serían ellos los que supervisarán la «pureza racial»¹⁰

La primera medida fue instaurar una total disciplina dentro de la profesión. Tanto la vida privada como la profesional de los médicos debían ser supervisadas por el Colegio de Médicos del Reich, reestructurado, naturalmente, bajo el control del *Reichführer* Gerhard Wagner (1889-1939). Uno de los primeros objetivos de esta nueva organización fue la de «desjudaizar» la medicina.

El primer movimiento consistió en relevar de sus cargos a los médicos judíos que formaban parte de las Sociedades Científicas. Fueron marginadas así personalidades como Joseph Jadassohn (probablemente el dermatólogo más famoso del mundo en aquel momento y autor de la monumental obra *Handbuch der Haut und Geschlechtskrankheiten*, el texto dermatológico más extenso jamás escrito), Leopold Ritter von Zumbusch o Felix Pinkus. Las juntas de las sociedades médicas, como la prestigiosa Sociedad Alemana de Dermatología, ya no serían elegidas por votación, sino designadas por su nuevo presidente entre dermatólogos adictos al partido nazi. Esta injusta disposición motivó algunas críticas aisladas, como la de Erich Hoffmann (1868-1959), el descubridor del treponema pálido. La respuesta del régimen fue destituir inmediatamente a Hoffmann de su cargo de jefe de departamento de dermatología de la Universidad de Bonn.

El siguiente paso lo constituyó el cambio forzoso de los comités editoriales de las revistas dermatológicas,

que debía estar formado exclusivamente por «médicos de ascendencia alemana». En 1936 se forzó la dimisión de Abraham Buschke, Wilhelm S. Frei, Leopold Freund, Karl Herxheimer y Felix Pinkus, miembros del comité editorial de *Archiv für Dermatologie und Syphilis*. El número de artículos publicados disminuyó en más de un 50% y, obviamente, la calidad de la publicación cayó en picado.

Se prohibieron también las citas bibliográficas de autores judíos, en publicaciones y en tesis doctorales. Ni siquiera podía citarse a Behring, Premio Nobel en 1901, que, aunque no era judío, se había casado con una judía. Los judíos debían ser olvidados, barridos, en una especie de *damnatio memoria* obsesiva. La calle de Paul Ehrlich, en Frankfurt, cambió de nombre. También la de Paul Gerson Unna en Hamburgo. El busto de este último desapareció de la clínica dermatológica.

DETENCIONES, EXPULSIONES Y SUSTITUCIONES

Desde los primeros días de la dictadura, pelotones de camisas pardas de las Sturmabteilung (SA) irrumpían en los hospitales para detener a algunos médicos judíos mientras trabajaban. Estas detenciones eran practicadas intencionadamente de forma brutal y humillante. Los detenidos solían ser destacados judíos u opositores al régimen, y eran generalmente torturados en las oficinas de las SA. Algunos, aparentemente, se suicidaron con cianuro tras caer en manos de la Gestapo, como fue el caso de Hans Haustein (1894-1933) o de Ernst Kromayer (1862-1933), el inventor de la dermoabrasión. A partir de enero de 1933, varios centenares de dermatólogos judíos (un 5% del total) se suicidaron, o al menos ésta fue la versión oficial de su muerte.

El 7 de abril se promulgó la ley por la que se relevaba de sus cargos a todos los profesores universitarios de origen judío o de ideas políticas contrarias al nazismo. Poco después una disposición parecida sustituía a los médicos judíos que ocupaban cargos en los hospitales. Se prescindió así de figuras como Abraham Buschke (1868-1943) y de su ayudante Ludwig Löwenstein (que habían descrito el tumor de Buschke-Löwenstein), de Oscar Gans (1888-1983) y de Hermann Pinkus (1905-1985), dos afamados histopatólogos, de Stephen Epstein (1900-1975) y de muchos otros.

Alfred Marchionini (1899-1965) fue apartado de su cargo de profesor asociado a la Universidad de Freiburg. Marchionini, que había descubierto el manto ácido de la piel e investigado aspectos de la superficie cutánea, no era judío, pero su esposa tenía una abuela judía (aunque convertida al luteranismo). Esta circunstancia bastó para considerarle *persona non grata*.

Muchos médicos no judíos, pero de ideas contrarias al régimen nazi tampoco se libraron de la expulsión. Fue el caso de Georg Alexander Rost (1877-1970), autor de uno de los textos de dermatología más populares en el segundo cuarto del siglo y de Leo von Zumbusch (que había descrito la psoriasis pustulosa) y a la sazón rector de la Universidad de Múnich. Von Zumbusch había sido

afín políticamente al NSDAP en su primera época, pero tras leer *Mein Kampf* llegó a la conclusión de que Hitler era un lunático, y no dudaba en calificarlo de estúpido en público. Cuando alguien le saludaba al grito preceptivo de *Heil Hitler*, Von Zumbusch solía decir «no ladre tan fuerte por favor».

Tras tantas expulsiones, el número de vacantes fue estremecedor. Se cubrieron con miembros del partido nazi, o personas afines ideológicamente, a menudo recién licenciados en medicina, sin preparación especializada alguna. En algunas ciudades las plazas eran tantas que más de un tercio de las mismas se cubrió con estudiantes de medicina sin título. La mortalidad en los hospitales alemanes aumentó aquel año (1933) en un 16%.

Pero no sólo los profesores universitarios y los médicos de los hospitales se vieron apartados de sus cargos. La situación era también difícil para los estudiantes de medicina. En febrero de 1933, la facultad de medicina de Múnich dispuso «para evitar disturbios» que los estudiantes judíos no podían sentarse en las aulas hasta que lo hubieran hecho todos los alumnos arios. Sólo al comenzar la clase, si quedaba algún sitio libre en las últimas filas, podían ocuparlo discretamente, sin molestar.

En octubre de 1933 los estudiantes judíos fueron excluidos del servicio nacional. Sin embargo, este certificado era imprescindible para licenciarse, por lo que esto equivalía a no poder terminar la carrera. Un año más tarde se suavizó esta disposición y se permitió presentarse al examen de licenciatura a aquellos estudiantes judíos que renunciaban a la ciudadanía alemana y que demostraban la intención de instalarse en el extranjero. Sólo así eran autorizados a examinarse.

AMENAZAS A LAS CONSULTAS PRIVADAS

El hostigamiento contra los dermatólogos de origen judío continuó. Se efectuó propaganda directa e indirecta para que el público no asistiera a los consultorios de médicos judíos. Se propagaban burdos bulos, como que los dermatólogos judíos hacían desnudar a sus pacientes para excitarse sexualmente, que las tocaban impudicamente o que intentaban besarlas.

Los consultorios dermatológicos languidecían. Los pacientes de compañías aseguradoras habían casi desaparecido (las mutualidades desaconsejaban a sus asegurados acudir a un médico judío). Los funcionarios públicos también tenían prohibido asistir a la consulta de un médico no ario. Los escasos pacientes privados que insistían en ser tratados por judíos eran motivo de chanzas y frecuentemente advertidos con cartas, como ésta, enviada por un agente de la Alta Comandancia de las SA en Nuremberg: «He sabido que está usted siendo tratado por un médico judío. Pero los alemanes deben acudir sólo a médicos alemanes. Un judío no es un alemán. Esto también debe servir para recordarle que usted recibe sus beneficios públicos del pueblo alemán y no del pueblo judío. Los judíos sólo se benefician de la hospitalidad de Alemania. Espero que esta instrucción sea suficiente para que usted actúe como alemán de aquí en adelante. Pienso observarle atentamente para ver si us-

ted toma en consideración mi advertencia. En caso de que haga caso omiso, tendremos que solucionar este asunto de otro modo. ¡Heil Hitler!»¹¹

A tal punto llegó la presión que muchos médicos no judíos decidieron especificar su procedencia aria en las recetas, imprimiendo un membrete con la cruz gamada y la leyenda *Deutscher Arzt* («médico alemán»).

LAS LEYES DE NUREMBERG

En septiembre de 1935 se promulgaron las llamadas «leyes de Nuremberg», coincidiendo con la clausura del congreso anual del NSDAP en esta ciudad alemana. Entre estas nuevas leyes estaba la Ley de la Protección de la Sangre Alemana y del Honor Alemán, por la que el matrimonio y las relaciones sexuales entre alemanes y judíos se consideraba un delito. Se complementaron con un decreto que definía quién debía considerarse judío a efectos legales. Se consideraba judío, propiamente dicho, a quien tuviera tres abuelos judíos, o quien tuviera dos y conservara la religión judía o estuviera unido en matrimonio a un/a judío/a. De todos modos, para menores parentescos subsistían también ciertas formas de discriminación.

Según las leyes de Nuremberg todos los judíos fueron privados del pasaporte alemán y clasificados como «residentes en Alemania». Los judíos comenzaron a tener serias restricciones: no podían entrar en cines, teatros, piscinas, bibliotecas... Los negocios de los judíos comenzaron a sufrir no ya boicot sino asaltos violentos que duraron hasta finales de 1935. En esta fecha, ante las críticas de H. Schacht, presidente del Reichsbank y ministro de Economía, que calificó la situación de irresponsable, se abrió un período de 2 años de relativa moderación, en el que se realizaron los Juegos Olímpicos en Berlín (1936).

En 1937, Schacht, que se oponía a la importante carrera armamentista, dimitió como ministro de Economía, siendo sustituido por Hermann Goering. En abril de 1938 se promulgó un decreto por el que se expropiaban todas las propiedades de los judíos, que debían «donarse» al Estado, «en interés de la economía alemana».

Este decreto afectó a las propiedades de los médicos judíos. Muchos de ellos habían ya emigrado al extranjero. Quedaban más de 5.000 médicos en Alemania. Algunos de ellos, desposeídos de cargos, clientes, bienes y derechos, subsistían desempeñando otros oficios y profesiones (industria farmacéutica, masajistas, enfermeros, etc.). Pero otros (cerca de 4.000) todavía intentaban, contra viento y marea, ejercer la profesión médica en sus consultas. Pero en estas circunstancias era muy difícil. Los ingresos de estos médicos eran muy escasos. Un médico judío ganaba unos 300 Reichmarks al año, frente a los 13.000 de un médico ario.

DEROGACIÓN DE LAS LICENCIAS MÉDICAS

El 25 de julio de 1938 se proclamó un decreto por el que se derogaban las licencias de ejercicio de los médicos judíos y se les prohibía ejercer la medicina. Pero como no se permitía a los médicos arios atender a enfer-

mos judíos, se toleró que algunos médicos judíos en ejercicio fueran autorizados a seguir atendiendo exclusivamente enfermos judíos, provistos de un permiso especial: «curadores de enfermos» (709 de los 4.000). Uno de éstos fue Felix Pinkus. Había sido el secretario de la Sociedad Alemana de la Lucha Antivenérea y de la Sociedad Berlinesa de Dermatología; había descrito el *lichen nitidus* y varias estructuras anatómicas en el folículo pilosebáceo; era el autor de un extenso capítulo sobre anatomía de la piel en el *Handbuch* de Jadassohn; había luchado en el ejército alemán durante la primera Guerra Mundial, alcanzando la Cruz de Hierro; había dirigido una importante clínica privada en Berlín y había sido director del Hospital Municipal de Mujeres en Berlín-Reinickendorf. Ahora solamente podía atender a judíos, y estaba obligado a poner una estampilla con la estrella de David en sus recetas.

El mismo año 1938 se produjo la anexión de Austria y al año siguiente se ocupó Checoslovaquia, con lo que el problema se extendió.

EL HOLOCAUSTO

El 9 de noviembre de 1938 fue un punto álgido en la furia antisemítica nazi: «la noche de los cristales rotos» (*Kristallnacht*). En esa noche hordas enloquecidas de SA atacaron sistemáticamente las tiendas y negocios judíos, rompiendo escaparates, golpeando a todos los judíos que encontraron, saqueando y matando. Un centenar de judíos fueron asesinados, y 30.000 detenidos y llevados a campos de concentración. Había comenzado la llamada «Solución Final».

Las detenciones de judíos se sucedieron en todo el territorio ocupado por el III Reich a partir de entonces. Por doquier surgieron campos de concentración en donde se realizaron todo tipo de crueldades y de muertes masivas¹². Como es sabido, no faltaron torturas y asesinatos enmascarados como «investigaciones médicas»¹³. Lamentablemente, muchos médicos nazis tomaron parte activa en esta ceremonia del horror, entre los que se contaban algunos dermatólogos, como Herta Oberheuser, la única doctora convicta en el juicio de Nurembergh o Josef Vonkennel, que había descubierto la diaminodifenilsulfona.

Precisamente, una de las «investigaciones» consistía en infectar a grupos de prisioneros con inoculaciones de diversas bacterias o en causarles importantes quemaduras con ácidos en la piel, que se sobreinfectaban rápidamente, para experimentar el tratamiento con diaminodifenilsulfona. Este experimento fue muy usado en los campos de concentración de Buchenwald y Ravensbrück.

El campo de concentración de Theresienstadt (Terezín) era un campo considerado «modélico» y el único en el que los nazis permitían ocasionales visitas de observadores extranjeros. Estaba destinado a mayores de 65 años o a personalidades cuya desaparición podía causar una inquietud internacional.

En Theresienstadt fue recluido Karl Herxheimer, que había sido catedrático de dermatología en Frankfurt. Su nombre es conocido por la reacción de Harisch-Herx-

heimer, una reacción de hipersensibilidad en el tratamiento de la sífilis y porque describió la *acrodermatitis chronica atrophicans* en 1902. En 1941, un grupo de amigos planificó su huida a Suiza, donde Herxheimer poseía una casa en la ribera del lago Thun. Pero el octogenario Herxheimer decidió que era demasiado viejo y conocido para intentar huir, por lo que decidió quedarse en Frankfurt¹⁴. En 1942 fue acusado de que, a pesar de ser judío, seguía recibiendo una modesta pensión de la Universidad de Frankfurt, por lo que fue detenido y deportado en un vagón de tren junto con centenares de prisioneros a Theresienstadt, donde murió de hambre y de disentería 14 semanas después de su llegada.

Otro prisionero de Theresienstadt fue Abraham Buschke. Había sido director del Departamento de Dermatología del Hospital Rudolph Virchow de Berlín. Su nombre está vinculado para siempre a la dermatología por haber descrito el esclerodema *adultorum*, la criptococosis o enfermedad de Busse-Buschke, la dermatofibrosis *lenticularis disseminata* o síndrome de Buschke-Ollendorf, el carcinoma verrucoso o tumor de Buschke-Löwenstein y, finalmente, la melanosis de Buschke. Tras ser expulsado de su cargo en el Hospital Rudolph Virchow en 1933, Buschke trabajó gratuitamente en el Hospital de la Comunidad Judía. En 1937 él y su esposa viajaron a los EE.UU. ya que había sido invitado a dar una conferencia en la Universidad de Nueva York, pero volvió a Berlín, tras visitar a sus hijos que vivían en Chicago. En 1938 le volvieron a invitar, pero rehusó, ya que las autoridades sólo le autorizaban a ir con la condición de que su esposa se quedara en Alemania como rehén.

En 1942, tanto Buschke como su esposa fueron deportados a Theresienstadt. Abraham Buschke murió en febrero de 1943, exhausto y caquético, de una enteritis. De los 140.000 prisioneros de Theresienstadt, sólo 17.000 conservaban la vida cuando las tropas aliadas entraron en el campo en mayo de 1945. Una de las supervivientes fue Erns Buschke, la esposa del gran dermatólogo, que terminó su vida junto a sus hijos en los EE.UU.

LA EMIGRACIÓN MÉDICA

A partir de la «noche de los cristales rotos» era imposible conservar la más mínima esperanza en el futuro de los judíos en Alemania. La huida, la emigración, era probablemente la única salida. Desde que Hitler subió al poder, en 1933, hasta 1938 150.000 judíos (el 30% del total de judíos en Alemania) habían dejado el país. Tras los pogromos de 1938, emigraron otros 150.000.

Entre los huidos se contaban muchos dermatólogos, que decidieron buscar una nueva vida en el extranjero. Entre la importante oleada de emigrantes se contaban grandes figuras de la dermatología, personalidades como las de Stephan Rothman, Rudolf Baer, Stephan Epstein, los hermanos Felix y Hermann Pinkus, Walter Lever, Erich Urbach, Alfred Hollander, Erich Kuznitzky, Wilhelm Frei, Emil Meirowski, Max Jessner, Franz Hermann, Franz Blumenthal, Max Wolf y Hans Biberstein. Muchos de ellos pasaron primero a Suiza, donde se organizó un activo grupo de dermatólogos, capitaneados

por Marion B. Sulzberger que ayudaban a pasar a los compañeros desde Alemania a Zúrich y a Breslau.

La mayoría de ellos se dirigieron a América. Muchos encontraron trabajo en prestigiosos hospitales y universidades. Franz Herrmann se instaló primero en Nueva York, y más tarde trabajó en la Universidad de Boston. Erich Kuznitzky, en Nueva York, donde describió la afección de órganos internos en la sarcoidosis. Emil Meirowski, discípulo de Neisser y Unna, se instaló primero en Guildford (Reino Unido) y más tarde en Indiana, donde desarrolló investigaciones sobre cáncer y virus al microscopio electrónico. Tras una rocambolesca huida que le llevó de Oslo a Siberia, Felix Pinkus llegó a Japón donde pasó a los EE.UU. en el último barco que hizo el recorrido antes de que estallara la guerra en el Pacífico. Finalmente, se instaló en Monroe, Michigan.

Muchos de los dermatólogos refugiados dirigieron su nueva vida profesional hacia la investigación dermatológica, probablemente influidos por la obra de Stephen Rothman, *Physiology and Biochemistry of the skin* (1954). Rothman había llegado a la Universidad de Chicago procedente de Hungría en 1938 y fue uno de los primeros que señaló la importancia de la patofisiología de la piel, es decir, las alteraciones en la bioquímica y en la fisiología de la piel, convirtiendo la dermatología en una dermatociencia¹⁵. Los inmigrantes que le siguieron constituyeron el primer núcleo de la futura *Society for Investigative Dermatology*, dando un impulso hasta entonces desconocido a la dermatología americana, que llegaría a convertirla en líder indiscutida en todo el mundo en el último tercio del siglo XX¹⁶.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco la supervisión de este artículo por parte de la Dra. Evelynne Baumann.

BIBLIOGRAFÍA

1. Sierra X. Justificación de la historia de la Dermatología. *Piel* 1994; 9: 369-370.
2. Sierra X. Historia de la Dermatología. Barcelona: Mra Creación y realización editorial, 1994.
3. Schmidt C. 14/29 December 1933-31, December 1945: The Forced Recess. En: Holubar K, Schmidt C, Wolff K, editores. *Challenge dermatology*. Vienna 1841-1992. Viena: Verlag der österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1993.
4. Scholz A. Der Suizid von Dermatologen in Abhängigkeit von politischen Veränderungen. *Hautarzt* 1997; 48: 929-935.
5. Hillberg R. Die Vernichtung der europäischen Juden. Frankfurt: Fischer Taschenbuch Verlag, 1990.
6. Johnson PA. A History of the Jews. Nueva York: Harper/Perennial, 1987.
7. Sierra X. Dermis y Cronos. La dermatología en la historia. Barcelona: Ed. Planeta De Agostini, 1995.
8. Sierra X. Historia de las enfermedades cutáneas producidas por hongos. Barcelona: Mra Creación y realización editorial, 1996.
9. Jäckle R. Schicksale jüdischer und «staatsfeindlicher» Ärztinnen und Ärzte nach 1933 in München. Munich: Liste Demokratischer Ärztinnen und Ärzte München, 1988.
10. Lifton RJ. The nazi doctors: medical killing and the psychology of genocide. Nueva York: Harper-Collins, 1986.
11. Citado por Weyers W. Death and Medicine in Nazi Germany. *Dermatology and dermatopathology under the swastika*. Filadelfia: Ardor scribendi, Ltd., 1998.
12. Ternon Y, Helman S. Historia de la Medicina SS. Valencia: Fomento de Cultura Ediciones, 1971.
13. Klee E. Auschwitz, die NS-Medizin und die Opfer. Frankfurt: Fischer, 1997.
14. Gans O. Zum 100. Geburtstag von Karl Herxheimer. *Hautarzt* 1953; 4: 444.
15. Sierra X. Historia de la dermatología. Barcelona: Mra, 1994.
16. Holubar K, Wolff K. The genesis of American investigative dermatology from its roots in Europe. *J Invest Dermatol* 1989; 92: (Supl) 41-21.